

El ejercicio de la conciencia sociológica.

Entrevista con Salvador Giner

Héctor ROMERO RAMOS

—¿Cómo empezaste a interesarte por la sociología?

—Mi iniciación a la sociología tuvo algo de revelación personal, como sucede a veces en los años mozos, cuando uno busca sin saber precisamente qué. La ocasión, si bien no la causa, fue un encuentro fortuito con un libro que, sin cautivarme demasiado, me dio a entender que existía un universo de ideas que requería toda mi atención. Era un ejemplar, en apariencia de segunda mano, hallado en una librería de viejo, de las que había y hay en la calle Aribau de Barcelona: el estudio de Hans Freyer *La sociología, ciencia de la realidad*. Lo había traducido del alemán don Francisco Ayala en Buenos Aires, en 1944. Pero algún otro libro, muy distinto en su enfoque, podría haber tenido un efecto parejo en mi ánimo.

A la sazón, estudiaba en la Facultad de Derecho, a desgana, mientras conspiraba con tanto ahínco como poca fortuna contra las fuerzas del mal que tenían a nuestro país atenazado. Hubo allí un profesor, de fascista obediencia, que ya nos había hablado de la disciplina, en el marco de otra, la llamada de Derecho Político, pero que me dejó indiferente. (Solía decir, entre otras lindzas, que la sociología era una ciencia que estudiaba las élites selectas que regían los destinos de las naciones. Sólo recuerdo que se llamaba Sánchez y que hablaba el castellano con espectacular dificultad, a pesar del apellido y su militancia política.) El encuentro con la sociología sólo podía haber sido libresco: no había entonces cursos que enseñaran la disciplina.

Por otro lado, y pese a lo que dice Weber sobre la vocación, lo cierto es que en sus inicios, ésta depende mucho de los recursos con los que se encuentre una persona en su propio itinerario. Se puede llegar a ser muy buen sociólogo sin necesidad de entusiastas descubrimientos privados, sencillamente porque el aprendiz tenga una Universidad a mano que le enseñe bien el oficio. A mí el encuentro me proporcionó un núcleo de atención, una perspectiva para mi dispersa men-

te de entonces. Me permitió declararme sociólogo en ciernes por lo menos en mi fuero interno o, tímidamente, entre mis escépticos amigos. Al tiempo, me ayudaba a distanciarme mentalmente un tanto de las absorbentes actividades polícoliterarias de mis compañeros. Y hasta de las mías propias. También, naturalmente, me incitó a buscar algún lugar en el que poder estudiar la disciplina en serio. Estoy hablando de 1956 y 1957, años de disturbios y enfrentamientos entre el naciente movimiento democrático estudiantil y la represión consiguiente. Lo cierto es que, sin sentir atracción alguna por la vida política, me ocupaba más la agitación estudiantil y democrática contra el régimen, en la que participé muy intensamente, que el mero estudio de una disciplina. Eso sí, tuve claro desde el primer momento que deseaba dedicarme a su cultivo. Sólo otras dos artes me han atraído igualmente en la vida, aunque sólo como empedernido consumidor, la filosofía y la poesía. Debería añadir la historia, pero con perdón de los historiadores académicos, lo suelo pasar mejor leyendo, por ejemplo, *La guerra del Peloponeso* o a Edward Gibbon, que a sus trabajos, con alguna excepción. No puedo remediarlo.

—Decidiste ir a Alemania, con König...

—Durante mis años estudiantiles me interesó la cultura germánica. Tras un servicio militar de artillero raso defendiendo las cumbres pirenaicas con obuses y morteros antidiluvianos — menos mal que no fuimos atacados por las pérfidas democracias — pensé que podría perfeccionar el alemán que había estudiado en unos cursos que ofrecía el Ateneo y, luego, aprender sociología. Después de varios tanteos iniciales en Alemania recalé en Colonia por consejos y opiniones oídas en Munich, con mucho desconocimiento de la situación académica germana. Allí el profesor René König, de quien no había oído hablar, me acogió con gran amabilidad y me ayudó a matricularme gratuitamente, no sin administrarme antes un breve examen escrito («Explique y evalúe la concepción comteana del pro-

greso»), solo en un aula inmensa, con un diccionario a mano. Resultó que tenía otro estudiante español —interesado en filosofía política— Ramón Cercós Bolaños, que andando el tiempo sería director del Centro de Investigaciones Sociológicas.

Me espabilé por mi cuenta para ganarme parte del sustento mientras que el sindicato estudiantil me echó una mano para poder alimentarme gratis en la *mensa* universitaria. König era un profesor elocuente, algo teatral y sardónico, volcado al fomento de la sociología empírica, aunque las clases que seguí con él, nominalmente de sociología industrial, eran históricosociológicas y también de filosofía social. Tuvo paciencia conmigo. Me indicó que siguiera los cursos de Leopold von Wiese, ya muy mayor, en el hemicycle. Ahora me percató de que haber escuchado a von Wiese, discípulo de Simmel, me permitió escuchar ecos de un mundo intelectual ya entonces perdido. (El curso se llamaba *Sitte und Sittlichkeit*: fue mi iniciación a un asunto que siempre me ha preocupado, la relación entre moral y sociología, o mejor, la dimensión moral de la sociología.) También me indicó König que me pusiera en contacto con un sociólogo español que él consideraba muy notable, Enrique Gómez Arboleya, desconocido para mí. Aunque no tenía intención de dejar Colonia, me enteré de que había unas becas para estudiar en los Estados Unidos. König me aconsejó que no desperdiciara la ocasión, al tiempo que me informaba (santa ignorancia la mía) de que la disciplina gozaba de muy buena salud en aquel país. A horcajadas sobre una moto (*Lambretta*) de una amiga acudí a la *Amerikahaus* de Bonn a rellenar una solicitud. Al comprobar mi exótica nacionalidad me dijeron que sólo podía concursar desde España. Cosa que hice. En el Instituto de Estudios Norteamericanos de Barcelona me presenté al concurso para la concesión de una Beca Fulbright.

Incidentalmente, al volver a España conté mis experiencias de Colonia a mi malogrado amigo Lluís Carreño, pionero de la ciencia regional en España, así como a Carlos Moya, que él me presentó. Éste último, si no me equivoco, permaneció luego más tiempo que yo allí, y es discípulo más directo de König.

—¿Cómo fue tu relación con Arboleya?

—De don Enrique Gómez Arboleya no tenía ni siquiera sus señas. Mencioné su nombre a doña Carmen Castro, amiga de mi familia. Ella y

su marido, Xavier Zubiri, resultaron ser sus amigos íntimos, a los que visitaba cada semana. De modo que tomé un tren llamado rápido para Madrid y éstos me lo presentaron en su casa. (He relatado mi relación demasiado corta pero muy intensa con mi maestro en el libro de homenaje a su memoria que publicó la Universidad de Granada bajo la dirección de Julio Iglesias de Ussel.) Aparte de las clases que le escuché en San Bernardo me enseñó privadamente sociología en una serie de reuniones en su casa o en el altillo de un café de la Gran Vía. Fue una serie de tutorías en las que programó mis lecturas e indicó posibles líneas de trabajo. Fue él quien me recomendó la Universidad de Chicago de las tres muy señaladas que había nombrado por mi cuenta en mi solicitud, antes de conocerle, durante el concurso de las becas Fulbright, y en las que fui admitido formalmente: Harvard, Yale y Chicago, por ese orden. (La primera la nombré sólo porque había conseguido una traducción de Sorokin que me había impresionado mucho: todavía creo que es injusta su ignorancia hoy; la segunda, por aún más lamentable desinformación; y la tercera, me parecía inalcanzable, pero deslumbrante.) Zarpamos de Algeciras unos quince becarios españoles a fines de 1959 en un trasatlántico, el *Independence*. (El azar quiso que pasara todo un trimestre en Yale, al principio, estudiando inglés.) José Jiménez Blanco, a quien conocí en el viaje, era el otro aspirante a sociólogo del contingente de becarios, el último que no voló sino que se hizo a la mar.

—Se ha escrito acerca de Arboleya que su carácter atormentado se vio acentuado por su última inclinación intelectual hacia el positivismo y la idealización de una determinada imagen de la sociología norteamericana. Tú mismo has escrito que esa inclinación cuantitativa parecía venirle de cierta angustia personal que le llevó a considerarlo una especie de «programa para la salvación nacional»...

—Es cierto. Al principio, cuando íbamos a pasar, o a su casa, tras sus clases en San Bernardo, yo no entendía mucho su manía empiricista, dada la extraordinaria calidad de su obra sobre la evolución del pensamiento social y sobre teoría política y sociológica. Supongo que fue una reacción personal suya ante la sordidez de la cultura española de aquellos tiempos. Un hartazgo ante las abstracciones y la retórica ampulosa y hueca que predominaba a la sazón. La muer-

te por su propia mano —en América recibí una carta póstuma, con un comentario sombrío sobre la vida española, escrita por él el día anterior a su decisión— tal vez no le permitiera percatarse de que también era inmenso el camino a recorrer en el campo de la teoría y, en general, de la filosofía social contemporánea. Nunca la sociología ha desplazado a esta última. Más bien al contrario, ha fomentado su desarrollo. La una y la otra no tienen una relación mutua de «suma cero», sino que se estimulan entre sí. Parecía a veces como si don Enrique no lo quisiera entender, como si abjurase de aquello que tan bien sabía hacer.

—Sin embargo, el pensamiento sociológico de Arboleya, además de su carácter racionalista, mantenía un considerable peso de una cierta tradición filosófica española ¿Era este discurso reconciliable con su acercamiento a esa quizá algo simplista interpretación de la sociología que se venía desarrollando en los Estados Unidos?

—Es evidente que sí. Ser como era un conecedor profundo de la filosofía de Francisco Suárez no estaba reñido, sino al contrario, con adentrarse en la teoría social moderna. Al fin y al cabo la filosofía política de Thomas Hobbes parte de un intento de refutación explícita del suarismo. Y a su vez, el mismo Hobbes entra en la sociología moderna a través de Ferdinand Tönnies. Algo del «simplismo» respecto a la sociología norteamericana al que alude tu pregunta, sí que había en Don Enrique. Los libros que me hizo leer antes de embarcarme para Nueva York eran todos conductistas y positivistas.

—Parte del trabajo de E. Gómez Arboleya se desarrolló en el marco del Instituto de Estudios Políticos ¿Qué supuso esa institución para el desarrollo de la sociología en España?

—Hay personas que pueden dar una mejor respuesta que yo. Visité el Instituto sólo unas pocas veces, después de 1964, para hablar con quien lo dirigía, Manuel Fraga Iribarne, y cerrar mi colaboración con el Diccionario de Ciencias Sociales, que se publicó con extraordinario retraso bajo el patrocinio de la UNESCO, y para el que compuse muchas voces desde Chicago, unas 33. Sus dos volúmenes no vieron la luz hasta 1976, merced en gran parte al impulso final que les dio el malogrado Francisco Marsal tras su retorno de la Argentina. Cuando yo ya estaba en Inglaterra Pancho Marsal intentó que me incorporara junto a él a la Universidad Autónoma de Barcelona, pero sus gestiones no dieron fruto.

—Y cuál es tu valoración de la que denominaste «sociología no colaboracionista». Hablo de experiencias como CEISA, de la que algo se ha escrito, apenas nada en el torno a casos similares como CEDEC o EISA, de las que has sido partícipe...

—Cuando regresé a España, en 1964, para empezar a redactar con calma la última versión de mi disertación doctoral (tarea que acabé al año siguiente en el King's College de Cambridge y presenté después en Chicago) me di cuenta que la sociología académica comenzaba ya a despuntar en el país. También que era en gran parte, sencillamente, acomodaticia con el régimen dictatorial. En algún caso hasta era muy afin a él. No obstante, comenzaba a surgir una sociología vinculada a la democracia y a la crítica de la situación. De modo que durante un tiempo hubo aquí «dos sociologías», como mínimo. Ya nadie pretende que la sociología de aquellos años en España fuera sólo «radical» y contra la dictadura. (He matizado y desarrollado este asunto en algún ensayo.) En 1965, en la disidente revista *Promos*, publiqué un artículo que pasó la censura con algún borrón inquisitorial, el cual señalaba la perniciosa existencia en España de una sociología colaboracionista, bajo el título, aún más directo de *Sociología dirigida*. Así, es evidente que el Instituto de la Opinión Pública (en un país en el que no existía tal cosa) era un instrumento oficial del régimen, aunque respondiera a presiones ejercidas por algunos de sus fieles elementos modernizadores. También lo es que en él y en algunas otras instituciones parecidas encontraron trabajo o aprendieron el oficio personas íntegras de espíritu democrático. Ello no debe sorprender y ha sucedido en varios países con regímenes parejos al nuestro de entonces (y aún bajo ciertas dictaduras más implacables) como han señalado los observadores de las transiciones pacíficas a la democracia.

Respecto a la creación y vicisitudes de CEISA en Madrid puedo decir poca cosa que no sea conocida. En Barcelona no había nada semejante. No obstante, algunos de nosotros, simultánea e independientemente, estábamos preparando una escuela de ciencias sociales, cuyas siglas por feliz casualidad eran casi las mismas, EISA. Algunos estábamos vinculados a un centro de estudios económicos y sociales, CEDEC, en el que se hallaban sociólogos principiantes como el ya mencionado Lluís Carreño o una joven Àngels

Pascual, a quien ya interesaban los fenómenos migratorios, destinada a descollar como lo ha hecho en ese campo. Cuando nuestros colegas madrileños se enteraron de nuestros desvelos quisieron establecer vínculos estables. Fue Pepín Vidal Beneyto quien vino a Barcelona a negociar con nosotros, con un borrador de convenio de intercambio bajo el brazo, para la colaboración y reconocimiento mutuo de títulos y créditos entre ambas escuelas, CEISA y la EISA en ciernes. Aprobamos el texto con optimismo y sin enmiendas tras un almuerzo en Las Siete Puertas, con cuatro comensales.

Al poco tiempo, semanas si no recuerdo mal, la autoridad gubernativa cerró CEISA y prohibió EISA como antros subversivos. Entre todos sin embargo habíamos ya fundado la *Revista Española de Sociología*, que había sido prohibida por la policía tras el segundo número, que era el 1. (El primero fue el 0, un truco para burlar la censura, pero cuyo éxito dio la alarma a los diligentes servidores del régimen.) Esta efímera y moderada publicación tenía redacción doble en Madrid y Barcelona, cosa admirable. Su director lo era *pro forma* y sobre todo porque tenía carnet de periodista y por su valiente actitud de convertirse en responsable ante los tribunales de orden público. En el Consejo de redacción nos encontrábamos Elías Díaz, Raúl Morodo, Alfonso Ortí, Esteban Pinilla de las Heras, Alfonso Sastre, Ramón Tamames, Eloy Terrón y yo mismo. Bien se ve que no todos éramos sociólogos aunque sí republicanos convictos y confesos.

Todo aquello me obligó a aceptar el ofrecimiento, que acababa de llegarme, de incorporarme a la Universidad inglesa de Reading. En la Universidad española no encontraba trabajo. En un caso notable me fue negada una adjuntía al día siguiente de haberme sido ofrecida, sin que yo la hubiera solicitado, por parte de quien detentaba la cátedra. Imagino que logró enterarse a tiempo de mi subversiva condición. Otra intentona, la de unos cursos universitarios alternativos barceloneses de ciencias sociales, conato en cuya preparación entramos Josep Maria Castellet, Jordi Pujol, Jordi Solé Tura y yo mismo, —que se fraguó en el desván del colegio que los Padres Escolapios tienen en la Ronda de San Antonio— fue cercenada sin contemplaciones durante el estado de excepción declarado en 1969 por el gobierno. Esos cursos funcionaron relativamente bien durante casi todo un año académico y se aseme-

aban sospechosamente a los que la difunta EISA hubiera querido poner en práctica. De hecho una parte del equipo de profesores los llevó luego a la Universidad Catalana de Verano que durante muchos años funcionaría en el Rosellón, a salvo de la injerencia del régimen. Otros, más efímeros, pronto viciados por el tribalismo, y en los que también participé (aunque sólo dos veranos) tuvieron lugar en Ustariz, en el País Vasco norteño, también a salvo e igualmente bajo administración francesa.

—**El fenómeno de la «Sociología Crítica» ¿cómo se concilió con la percepción de la sociología desde el movimiento universitario antifranquista, proclive a considerar esta disciplina como «ciencia burguesa»?**

—Aclaremos primero que no sé aún lo que es sociología crítica. Toda sociología lo es, o no es sociología. (Para que no se entienda al revés mi objeción a la llamada “sociología crítica”, que se identifica con la izquierda, dejo constar que tampoco estoy de acuerdo con la popperiana idea de definir cierta filosofía como «racionalismo crítico», por la misma razón. El racionalismo acrítico deja de ser racionalismo.) Tampoco es cierto que todo el movimiento universitario democrático, antifranquista como dices, considerara la sociología como «ciencia burguesa». Sólo lo hacían algunos de sus miembros, vinculados a la ideología oficial soviética cuya línea con respecto a la sociología era de abierta descalificación. (Esta actitud hostil dio un viraje más tarde, demasiado tarde.) Así, un filósofo marxista madrileño, afincado en Barcelona, no titubeaba ante el uso de esa innoble expresión para anatemizar a cualquier sociólogo que se le pusiera por delante, sobre todo si era demócrata y militaba en la lucha contra la dictadura. Imagino que algunos marxistas europeos y ciertamente soviéticos de aquella época vieron en la sociología la amenaza de una ideología o filosofía social rival y pensaron que era menester ponerle coto. Sea como fuere eran consecuentes con la peregrina idea, sostenida por algunos de ellos, de que existía una «ciencia burguesa» distinta de otra, que era la buena. (He aquí una faceta más de un episodio histórico lamentable que envenenó la vida intelectual europea durante un par de decenios.) A pesar de ello, a partir de los años 60, la posición soviética dio un viraje: ya en el Congreso mundial de sociología en Evian, junto al lago de Ginebra, la participación rusa fue de gran

volumen. No obstante las reticencias en España siguieron durante un tiempo entre sus secuaces. De hecho, anecdóticamente, son perceptibles aún hoy entre algunos críticos que provienen de esta tradición. El interés que tiene esta suerte de prevención antisociológica es ya solamente arqueológico.

Algunos de los más perspicaces entre los antisociólogos de izquierda comprendieron que llevaban las de perder con un ataque frontal a la disciplina, de modo que a la postre hasta se pasaron a una recién descubierta sociología marxista. Entre ellos hay hoy representantes muy dignos de la disciplina; algunos son sólo exmarxistas, otros son neomarxistas y unos terceros cultivan su sociología tras haber integrado en ella elementos notables del marxismo. Todo ha acabado bien, pues, superadas acrimonias que en su día no estimularon precisamente el progreso de la disciplina. Y no sólo en España.

Por mi parte, sociológicamente hablando, no he sido jamás marxista, como el más somero conocimiento de mi trabajo pone de relieve. Sí he pertenecido y pertenezco a esa vasta corriente, en principio poco amiga de la escuela funcionalista, a la que puede llamarse, a falta de mejor expresión, conflictivista. Pero esto es otro asunto, que no entra en tu pregunta. Disquisiciones teóricas aparte, lo he puesto de manifiesto en mis escritos sobre la estructura social de España o sobre la naturaleza de esa forma de despotismo moderno que representó la dictadura franquista, varios de ellos aparecidos primero en los parisinos *Cuadernos de Ruedo Ibérico* —revista a la que estuve muy activa e íntimamente vinculado— y que responden a esta última perspectiva.

Una apostilla: el día que se componga una historia convincente de la sociología española será menester incluir en ella a los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, tanto por las aportaciones sociológicas o de carácter afin incluidas en la revista (y en sus números especiales) como por el poderoso influjo intelectual que ejerció sobre toda una generación de demócratas. La crítica histórica ha sido más justa con *El Ciervo* —felizmente aún vivo— y con *Cuadernos para el diálogo* que con los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*. Por fortuna conservo abundante correspondencia con su director, José Martínez y otros compañeros del muy igualitario y secreto consejo de redacción. «Colectivo» se llamaba entonces. A pocos pasos de la librería Ruedo Ibérico (sede de su redac-

ción) nos encontrábamos Antonio Colodrón, su secretario y factótum, y yo mismo cuando estalló la bomba con la que los llamados Cruzados de Cristo Rey la volaron, en el número 6 de la parisina rue de Latran. De los escombros salvamos algunas raíces del papiro que, ufano, había estado en el gran tiesto de la entrada. Tras unos años londinenses, sigue lozana esa planta en mi casa. No sé si a esto se le puede llamar historia de la sociología hispana. Perdona la digresión.

—**En Chicago descubriste que la interpretación que se había hecho en España de la sociología norteamericana no era del todo precisa. Hablemos de algunos de los que fueron tus profesores allí: Shils, Arendt, Eliade.**

—En Chicago descubrí más bien la coexistencia de dos sociologías. Una era la empírica y pragmática, hasta experimental. Es la que me sumergió en mis cursos de estadística y metodología y me obligó a entrar de lleno en las encuestas, cuestionarios y trabajo de campo del *National Opinion Research Center*, asociado a la Universidad, donde solíamos acopiar algunos de los créditos necesarios para los estudiantes graduados. Fue una experiencia gratificante y hermosa. Me enseñó a no hacer jamás comentarios facilones y necios contra el llamado positivismo sociológico, a tenerle un respeto considerable. Además, no he abandonado nunca esa tarea: mi trabajo empírico más reciente, la Encuesta Metropolitana de la Región de Barcelona, terminado a principios de 2003, sólo difiere de esa faena en una sola cosa. En Chicago introducíamos los datos en tarjetas perforadas que después atravesábamos con alambres para descubrir correlaciones y anotarlas pacientemente en listas de datos, antes del tratamiento estadístico. Ahora en cambio disponemos de computadoras y análisis multivariados mucho más ricos, por no hablar del apoyo de los técnicos estadísticos que peinan, revisan y cotejan los materiales antes de que nos pongamos a interpretarlos. A gran velocidad. Para ponerlo luego todo en la red.

Más allá de esta educación artesanal básica lo decisivo para mí fue encontrar que un par de pisos más arriba, en el modesto y gótico Social Science Research Building, moraban profesores como Friedrich von Hayek, Hannah Arendt, Leo Strauss y Mircea Eliade. Ello fue demasiada tentación para mí como aprendiz del arte sociológica. (Algunos de mis recuerdos sobre los dos primeros han sido publicados.) Tomé con ellos el

máximo de cursos que me permitía el programa de Máster. Más tarde Edward Shils, quien pronto dirigiría mi tesis, como catedrático de sociología que era, me permitió transferir mis papeles a una unidad interdepartamental, el Comité de Teoría Social, con el pretexto de que mi disertación sería de índole teórica. La Universidad, además, tuvo a bien nombrarme *fellow*, así que al segundo año pude liberar mi plaza en el programa Fulbright, que acababa de serme renovado, para otro candidato español. La Universidad se portó indeciblemente bien conmigo, porque estuve tres años más en ella y dos años después vinculado a King's College, en Cambridge, bajo la dirección de Edward Shils, aunque siempre adscrito a Chicago y becado por esa mi *alma mater*. Al final del largo camino el profesor Daniel Bell, de Columbia, hizo de examinador externo de mi doctorado. Fue generoso en su juicio si consideramos que su propio análisis de la teoría de la sociedad masa como versión sociológica de la modernidad era una de las interpretaciones a las que mi propia tesis sometía a crítica.

—**¿Cómo asimilaste las distintas etapas a lo largo de tu aprendizaje de la sociología, primero en Alemania, en España con Arboleya, después en Chicago? ¿Lo recuerdas como una evolución tranquila o supuso fuertes rupturas con las ideas y enfoques de la disciplina que ibas construyendo?**

—Evolución tranquila ha sido lo predominante. Me he sentido agobiado o infeliz ante algunas presiones o concepciones que me parecían incómodas, es cierto. También he sufrido los vaivenes de la profesión o de mi propia vida en varios países y situaciones. Pero cuando miro hacia atrás percibo en mi modo de entender la sociología unas constantes muy claras: racionalismo, republicanismo (es decir, interés por la ciencia social como dimensión descollante de la mente cívica y democrática), concepción de la sociología como emparentada con la filosofía moral (o de ésta como necesariamente sociológica en nuestro tiempo) es decir, dimensión prescriptiva, y no sólo descriptiva de la sociología, y demás facetas de lo que uno hace. He tenido ya alguna oportunidad de exponerlo, dado que la Federación Española de Sociología —de la que fui uno de sus fundadores— tuvo la gentileza de pedírmelo recientemente para su revista, si bien creo que uno habla mejor a través de su obra que mediante entrevistas, algo que sabrás perdonarme que diga, y también el lector.

Respecto a las rupturas: no, ninguna. Será por el influjo de maestros como José María Ferrater o merced a la escuela laica en la que estudié en mis mocedades. O por talante personal incurable, pero lo cierto es que hallé en profesores como Arendt y Hayek afinidades electivas muy profundas, aunque no coincidiera en el contenido de algunas de sus concepciones. Uno encuentra aquello al que su propia naturaleza le lleva. La mía deja poco lugar para rupturas con uno mismo aunque mucho, ay, para la discrepancia tal vez demasiado vehemente con lo que juzgo equivocado en otras concepciones.

No obstante, todo ese aprendizaje pesó tanto como que lo que aprendí después en Inglaterra, a partir de 1965, en Cambridge, Reading, Lancaster y Londres, sucesivamente, ejerciendo de profesor, a través de mis colegas o de mis propios alumnos de allá, en especial de los de doctorado. Entre éstos se encuentra un buen número de sociólogos españoles. Una media docena de ellos son catedráticos en España hoy. Ya que esta entrevista se centra en la consolidación y desarrollo de la sociología en España, es preciso mencionar por lo menos a uno de ellos, Manuel Pérez Yruela, cuyo apoyo fue decisivo en la creación y desarrollo del Instituto de Estudios Sociales Avanzados (hoy una espléndida realidad en Córdoba, bajo su dirección), así como en el relanzamiento, por no decir fundación, de la *Revista Internacional de Sociología*, otro logro compartido que quizás no sea insignificante. Dirigió el IESA en Madrid y Barcelona durante su primera época. Otras dos personas cuyos nombres están vinculados a la creación de aquel Instituto del CSIC son José María Maravall, que lo hizo posible desde el Ministerio, y Emilio Lamo de Espinosa, que se incorporó a la dirección en sus principios.

—**También anduviste por Puerto Rico, en una época donde buena parte del exilio intelectual se dejó caer por el campus de Río Piedras.**

—Estuve allí durante un año académico. Coincidió con don Enrique Tierno Galván y en mis notas sobre él he podido publicar algunas de mis impresiones generales. (También sobre Pablo Casals, a quien entrevisté largamente.) Una parte muy señalada del exilio intelectual español se encontraba allí, o visitaba regularmente la sede universitaria de Río Piedras. Fue el caso de mi amigo y maestro José María Ferrater Mora, a quien yo le conocía de toda la vida. (Más bien él a mí, como solía decir, pues me vio en la cuna.) Allí trabajé

poco o casi nada en mi disertación doctoral, pues me entraba una especie de tedio cuando me enfrentaba con ella, bajón que afortunadamente superé a mi retorno a Chicago. Me refugié en la confección de una historia de la filosofía social, al principio a base de ordenar las notas y materiales que tenía de mis lecturas de los clásicos, y luego estudiándolos más sistemáticamente para llenar vastas lagunas. Hoy en día aquel libro, la *Historia del pensamiento social*, está más equilibrado, pero en sus primeras ediciones se debió notar la presencia de Leo Strauss en mi tratamiento de Hobbes (seguí dos cursos con él, uno sobre la teoría política de Aristóteles, y el otro sobre Hobbes) o la de Arendt en el capítulo sobre el republicanismo yanqui, por ejemplo. Era difícil salir de sus clases y pensar por cuenta propia. Eso venía luego. Mi decisión puertorriqueña de redactar la *Historia del pensamiento social*, contra las antiguas órdenes de Arboleya, homenajearon su propia obra hasta en el título. En la lejanía, estaba el esfuerzo, para mi inalcanzable, de Schumpeter por componer una historia del pensamiento económico. Y en mi ánimo la voluntad de reconciliarme con mi propia inclinación a cultivar la historia de las ideas, cosa muy presente en mi tesis doctoral y la mayor parte de mis otros escritos.

—En 1965 comienza una experiencia de varios años como profesor en Inglaterra. ¿Cómo evalúas hoy aquellos años? Una de las cosas que creo más interesantes es el contraste entre distintas tradiciones intelectuales, ambientes académicos y culturas políticas. Hemos hablado sobre Alemania, Estados Unidos y España, pero ¿Qué ha supuesto Inglaterra en tu trayectoria intelectual y profesional? ¿Cómo veías el desarrollo de la sociología en España desde allí, también en relación con la situación política?

—Permanecí en Inglaterra desde 1965 hasta 1998. La relativa proximidad a España me permitió estar vinculado muy activamente a nuestro país, y no sólo a través de cursos de verano y frecuentes actividades en la Universidades españolas a lo largo de todo ese tiempo. Amén de mi participación en proyectos como el ya aludido de Ruedo Ibérico o la fundación y colaboración con la Federación Española de Sociología. También, mantuve mi relación con el país merced al flujo de estudiantes españoles de máster o doctorado que tuvieron a bien venir a trabajar conmigo.

Sería incapaz de resumir en pocas palabras los más de dos decenios que permanecí en el mundo académico británico, de modo que intentaré atenerme a tus dos últimas preguntas. No sin antes señalar que tuve la buena fortuna de conocer unos años muy intensos para la sociología en la Gran Bretaña. Esta disciplina —con las conocidas excepciones, muy confinadas a la London School— se había desarrollado poco en aquel país hasta los años 60, cuando sufrió una verdadera expansión y florecimiento, para convertirse en uno de sus grandes centros, a partir de algún foco, como lo fue Leicester. (Donde enseñaba Elías, aunque como figura marginal dentro del desarrollo general de la sociología inglesa de la época).

Mi estancia en Inglaterra también coincidió con intensos debates dentro de la disciplina, la vigorosa presencia de varias escuelas, acompañada de una producción científica espléndida en aquel país. La cosa no podía ser más estimulante para mí. Mi pertenencia al Consejo de redacción de la revista de la Asociación Británica de Sociología, *Sociology*, también me ayudó a conocer a fondo la urdimbre de la comunidad sociológica de aquel país.

Con ello paso a la primera de las dos preguntas a responder. Por lo que a lo que a mi trayectoria intelectual se refiere, como tú la llamas, me parece que mis intereses se habían ya consolidado al llegar a King's College, de Cambridge, donde permanecí más de un año antes de incorporarme a la Universidad de Reading. Merced a esa consolidación previa estaba claro que no podía insertarme plenamente en ninguna de las tendencias predominantes en la sociología de entonces, y que estaba dispuesto a ir por libre, por así decirlo, y hasta a enfrentarme con ellas. (Fue ese el caso del althusserismo sociológico que penetró —sorprendentemente para la mente empiricista inglesa— en lugares en los que tuve la suerte de enseñar, como Lancaster, uno de los mejores departamentos de sociología en la isla, entonces y ahora.) A esa escuela presté una atención crítica contundente, en su momento de mayor popularidad, primero en inglés en los *Archives* parisinos —por invitación de Raymond Aron y Steven Lukes— y luego en castellano, en *Papers*.)

En Inglaterra mis afinidades electivas me acercaron más a un Ernest Gellner y un Norbert Elías —bien diferentes entre sí— que a cualquier escuela. Con el primero no tuve más relación que

la de seguidor de sus escritos y oidor de algunos de sus cursos, hasta que, muy poco antes de que muriera, examiné una tesis doctoral en Cambridge con él, a petición de Anthony Giddens. Tras una larga conversación, me invitó a su casa de Italia —conservo el tarjetón con las indicaciones— pero su súbita desaparición en Praga, no permitió ya lo que hubiera sido por lo menos muy interesante para mí. Mi relación con Elías fue mucho mayor, pero roza lo tragicómico, puesto fue él quien acudió a dos conferencias que di (una en su propia Universidad de Leicester, la otra en Londres) mientras que yo mismo nunca le escuché ninguna clase ni intervención suya. El mundo al revés. Su locuaz y sardónica intensidad me atrajo mucho, y no digamos el tono histórico de su descollante obra. Me parece que soy algo responsable de que algún estudiante o discípulo mío se haya interesado en serio por Elías. Su influjo sobre las cosas que he pergeñado es, sin embargo, algo difuso. Pero colaboro con los miembros del Premio Internacional Norbert Elias (que concedemos en Amalfi en el marco de los Premios europeos de sociología, de cuyo comité científico formo parte desde su fundación hace más de un decenio). Otros dos influjos fueron Imre Lákatos, a cuyos cursos asistí anónimamente, de Reading de la Londres hay sólo 35 millas. Y también Isaiah Berlin. Con este sostuve una larguísima entrevista, que publiqué abreviada en *Claves*, y sobre él compuse el ensayo sobre el *Torcido fuste de la humanidad* que, con su aprobación y a modo de prólogo se publicó en castellano. (Conservo la grabación, de mala calidad.) Como influencia, Berlin es menor. La mayor, en Inglaterra, fue la de Gellner o, mejor dicho, su obra. Pocas como la suya pueden inmunizar a nadie tan eficazmente contra el relativismo y el llamado «postmodernismo». Mucho más aún, su poder en apariencia destructivo, ha sido igualado por muy pocos en su capacidad por establecer lo que de sólido y perenne tiene la teoría sociológica así como lo que tiene de espléndido logro intelectual. Antes, en y desde Cambridge, Edward Shils continuó ejerciendo su asiduo magisterio, como discípulo y amigo suyo que era, tanto en King's como luego en Peterhouse. El tono sereno, mordaz así como la transparencia y elegancia de su trabajo —sólo Merton puede compararsele entre sus coetáneos en lo que a precisión y claridad conceptual atañe— no han dejado de estar presentes en mi faena, espero.

En realidad, el mayor influjo de ese período, junto al que sobre mí ejercieron algunos de mis discípulos más exigentes, varios de ellos españoles, provino de mis propios compañeros de gremio. Algunos, como Steven Lukes, no siempre en mi propia Universidad. Otros, muy destacados fueron los componentes de un cenáculo —en el sentido literal de la palabra, aunque fuera frugal nuestra pitanza nocturna— dedicado al estudio de la sociología histórica y la macrosociología. Las mensuales reuniones se alargaron por lo menos durante el último lustro que pasé en Londres, en Brunel University. Pertenecían a él John Hall, Michael Mann, Nicos Mouzelis, Josep Llobera, Leslie Sklair y Anthony Smith, junto a algún otro. Sin nostalgia alguna debo decir que nunca antes ni después he podido gozar de un grupo de amigos afines como ellos, dispuestos a presentar ponencias formalmente y a discutir las con tanta pasión y rigor intelectual. Un grupo semejante que constituimos antes en Lancaster —con Nicholas Abercrombie, Bryan Turner y John Urry— se le acercó en todo a ése, más londinense, salvo en la inclinación —¿conversión temporal?— de esos últimos compañeros a una doctrina sociológica más bien cerrada y circular de la que todos se emanciparían al poco tiempo. Recuerdo su paciencia por soportar en su seno a un disidente, ya *ab initio*.

—La fundación del IESA, la FES, la «refundación/reconstrucción» de la Revista Internacional de Sociología... desde diferentes planos, por tu implicación, has sido un observador privilegiado de la paulatina reinstitucionalización de la sociología en España. ¿Cómo valoras en la —relativamente corta— distancia aquellas experiencias?

—Ya me he referido más arriba a la fundación del IESA, en el marco del CSIC. Aún es prematuro hacer balance de una institución académica que en Córdoba tiene hoy su espléndida sede, y algunos de cuyos miembros iniciales continúan también en la Unidad de Políticas Públicas de la calle de Alfonso XII, frente al Retiro. Dejo a otros que juzguen nuestra labor allí, y su aportación a la ciencia social española. Me limitaré a decir que en sus inicios comprendimos que sus fines y naturaleza habían de ser modestos, puesto que sólo podíamos subsistir mediante convenios de investigación logrados con tenacidad y mínimos recursos. No poseía presupuesto alguno —aparte de nuestros sueldos— como lo pue-

da tener algún centro sociológico oficial. Pronto se incorporaron a él, además de Manuel Pérez Yruela, investigadores del calibre de Luis Moreno y Ludolfo Paramio, su actual director (en la sede madrileña) y luego Emilio Muñoz. A la sede de Barcelona, que también dirigí, se incorporaron Manuel Castells y Josep Maria Colomer y en Córdoba, Eduardo Moyano. Más allá del imaginativo y vigoroso equipo de dirección de la sede cordobesa, el hecho de ser un centro mixto apoyado por la Junta de Andalucía ha posibilitado para él una continuidad y prosperidad científica excepcionales.

Por lo que respecta a la FES, pienso que su historia está aún por escribir. Es compleja e interesante. Hay una importante masa de material para quien quiera componerla. Partió de una reunión en Zaragoza en la que varias incipientes asociaciones regionales —andaluza, catalana y aragonesa— crearon una federación para toda España. La vasca y la madrileña se sumaron en seguida. La nueva federación solicitó inmediatamente su entrada en la Asociación Internacional de Sociología, trámites que se me encargaron personalmente. El primer presidente, el profesor José Cazorla, de Granada, y todo el Consejo Federal, tuvieron que enfrentarse en seguida con manifiestas hostilidades, pero salimos adelante. Al principio, la ayuda entusiasta de algunos intelectuales como José Luis López Aranguren fue decisiva. Más aún lo fue la intervención de Juan Linz en el Comité Ejecutivo de la AIS y en el Congreso Mundial de Uppsala, a favor del reconocimiento oficial de la FES.

Al principio ésta se llamó FASEE, por necias razones. Mi mayor placer, el día que por última vez coordiné como Presidente una reunión del Comité Federal fue cambiar por fin el nombre absurdo al de Federación Española de Sociología, que hoy ostenta. No, mi mayor placer es no haber usado jamás en documento alguno, salvo cuando era imposible no hacerlo, la expresión FASEE. Siempre me equivoqué. Adrede. No somos sociólogos del «estado español» que yo sepa.

De mi período más activo en la FES sólo puedo evocar el Congreso Mundial que celebramos en Madrid en 1990, que organizó nuestra asociación. Lo hizo desde el primer momento en colaboración con otras, a fin de alcanzar una verdadera representatividad de la sociología, e incluir a aquellos sociólogos que no pertenecían a la FES. (La AIS, antes, había ya trasladado su Secretaría

Internacional a la sede del CSIC, en Pinar 25, para lograr una estrecha colaboración con el Comité español del Congreso.) Entre las entidades que formaron parte del Comité organizador español descolló el Colegio de Sociólogos y Politólogos, al frente del cual se encontraba Miguel Ángel Ruiz de Azúa. En torno a aquel multitudinario y notable acontecimiento hay bastantes documentos. Como no todo lo publicado responde a lo logrado, esperemos a que aparezca un buen balance. Es otro episodio de nuestra historia científica e intelectual que requiere consideración desapasionada. Algo a recordar también: bajo presión de la FES el Comité Ejecutivo de la AIS hizo del castellano lengua oficial suya, junto al inglés y francés.

—**Una vez Victoria Camps comentó en un homenaje a Aranguren que organiza la Residencia de Estudiantes que en España tenemos la mala costumbre de olvidar a nuestros maestros ¿Le sucede eso a la sociología española? Recuerdo que alguna vez has reivindicado a Julio Caro Baroja, por ejemplo.**

—Gracias por tu buena memoria. A don Julio Caro apenas le conocí. Suelo insistir en que su obra merecería aún mayor atención de la que recibe, sobre todo *Vidas mágicas e Inquisición*. Supongo que Victoria Camps llevaba razón. En un curso que codirigimos ella y yo, en La Magdalena, de Santander, por ejemplo, intentamos subsanar tales olvidos. (En contraste con ello, en este país se publican libros de homenaje muy voluminosos a maestros de toda suerte, repletos de estudios que muy frecuentemente nada tienen que ver con la persona en cuestión.) Yo mismo, junto a Esperanza Guisán, compilé el homenaje a Ferrater, con ensayos de la misma Victoria Camps así como de Javier Muguerza, Jesús Mosterín, Isidoro Reguera y tantos otros. Me negué a publicar el que me mandó Mario Bunge para el libro porque no era en torno a la obra de Ferrater, para no caer en ese vicio del homenaje que no comenta, glosa o critica la aportación que justifica el libro. En este asunto, aquí hay algo que no va. A menudo publicamos homenajes pero luego sumimos el legado al que en apariencia honramos en el silencio.

Me preguntas ¿le sucede eso también a la sociología española? Es demasiado pronto para saberlo. Cualquiera que abra el *Diccionario de sociología* que hemos dirigido Emilio Lamo y yo con la colaboración de Cristóbal Torres, com-

probará que desde Manuel Sales y Ferré y Adolfo Posada en adelante, los maestros de la sociología española no están ausentes. Por otra parte corresponde a las generaciones más jóvenes evaluar la herencia de sus mayores. Ya lo harán, espero. De momento, tengo para mí que las diversas aportaciones sobre la historia de la sociología española que han ido apareciendo soslayan (con alguna excepción notable) el juicio de su contenido para atender a asuntos más periféricos o circunstanciales. Sería deseable un cambio de rumbo, una evaluación de las aportaciones y del contenido de la labor hecha. No cabe duda que las descripciones aparecidas hasta ahora de las vicisitudes y acontecimientos por los que ha pasado la disciplina tienen su valía. Pero ciertamente, no bastan.

—**Muchas veces has dicho que, desde tu *Historia del pensamiento social*, tu sociología se ha sostenido sobre dos convicciones fundamentales: por un lado, la imposibilidad de separarse de los clásicos; por otro, la imposibilidad de separar sociología y ética. En más de un trabajo has demostrado que estos supuestos se concilian con un cierto «progreso de la conciencia sociológica», pero ¿cómo se concilia?**

—La noción unitaria de progreso (avance moral, cognoscitivo y de vida buena, todo a la vez) es la válida para explicarlo. Los avances en conocimiento que no entrañen avances morales poseen un interés analítico indudable y están justificados, pero me interesan poco. Esa noción unitaria fue formulada por los clásicos modernos (a partir de la Ilustración) aunque no por los antiguos. Asume que saber más y conocernos mejor nos hará menos imperfectos y más inteligentemente buenos. Así entendidas las cosas lo que llamo *progreso de la conciencia sociológica* entraña por una parte un aumento de conocimientos sobre la sociedad humana (acumulación de saberes y cumulatividad) y por otro un esfuerzo de acercamiento paulatino a la Buena Sociedad posible, a la sociedad decente. Todo ello implica un entrelazamiento entre sociología y filosofía moral. A mi juicio esto no es meramente programático, ni tampoco es un ideal que me haya inventado, una ensoñación, sino un hecho incontrovertible. Los clásicos de la sociología no sólo se esfuerzan por elaborar una sociología *de la* moral sino también una sociología *como* moral. (No hacemos otra cosa desde que aparecieran la *Cartas persas* de Montesquieu o las *Cartas marrue-*

cas de Cadalso, pero más claramente aún si cabe desde la aportación de *Las formas elementales* durkheimianas, la *Ética protestante* weberiana y el esfuerzo del joven Simmel por crear una «ciencia moral» en vez de una ética).

Esos clásicos se esfuerzan por proponer una moral viable y hasta una idea de la Buena Sociedad posible. Mi afirmación fuerte, categórica, de que la sociología es la moral de nuestro tiempo (en castellano, en la *Historia de la Ética*, que dirigió Victoria Camps) se basa en la tradición sociológica principal que tal intenta. Desde la teoría de la *religion de l'humanité* comtiana y la visión emancipatoria contra la alienación marxiana, hasta hoy, ese esfuerzo por realizar una aportación a la ética moderna imbuye la sociología más interesante. Tales desvelos han aportado hallazgos señalados a la filosofía moral contemporánea (la distinción weberiana entre ética de la responsabilidad y ética de la convicción es una de las más conocidas entre los filósofos profesionales) y siguen aportándolos. La conciliación de la que hablas es posible en la medida en que la sociología no es la ciencia que estudia sólo la determinación social de la conducta humana sino también la que indaga *la estructura social de la libertad*. De la responsabilidad.

—**Por qué prefieres el concepto de «conciencia sociológica» al de «reflexividad».**

Se me antoja más fértil. Más esclarecedor. Sin descalificar en absoluto el de reflexividad. Sin embargo, ¿qué es reflexividad? ¿El hecho de que nos pensemos, mundanamente, a nosotros mismos? Es una cualidad de las gentes, y hasta de las «sociedades», aunque éstas no piensen, mal que les pese a algunos teóricos sistémicos. Lo que sí es demostrable es que son mujeres y hombres específicos los que tienen conciencia de sí mismos y del mundo. Esa conciencia ahora no es solamente mítica, o ideológica, sino también laica, lúcida, trágica y racional (todo a la vez) y es la que nos hace ser quienes somos en estos tiempos sin precedente. Como sociólogo de oficio pienso que nuestra disciplina avanza en conocimiento racional (cosa muy fácil de demostrar) y en enriquecimiento ético. De ahí el título de mi *Progreso de la conciencia sociológica*. (Un texto, por cierto, cuya revisión clama al cielo.) La conciencia sociológica no excluye reflexividad. Al contrario. De hecho incluye tres componentes, a saber, la imaginación, la inteligencia y el enjuiciamiento sociológicos del mundo. La versión

francesa de mi breve introducción a la disciplina lleva precisamente como título el de *L'intelligence sociologique*. Quise decir más con el título que en todo un capítulo. También fue un modo de replicar irónicamente a otro título, el muy conocido del brillante ensayo (aunque algo descarriado) de Mills, *La imaginación sociológica*.

—**No es el único afán de precisión conceptual que se te conoce. Has preferido hablar de «incertidumbre» antes que de «riesgo» y de «mundialización» en lugar del tan periodístico término de «globalización»... ¿la claridad conceptual es otra deuda que tienes con los clásicos?**

—Sin duda, pero esto es cuestión metasociológica. Es cuestión de principio. Claro está que uno topa de cuando en vez con conceptos esencialmente disputados, como se dice en epistemología, pero cultives lo que cultives, tienes la obligación de precisar, matizar y amarrar conceptos. No entiendo bien cómo, tras leer a un Simmel, un Merton, un Shils, puede alguien sumirse en el desaliño conceptual o el galimatías semiliterario (o, aún peor, en la jerga de consultoría) que tanto abunda. En mi labor reciente dentro de las revistas de sociología (la *Revista Internacional de Sociología* o el *European Journal of Social Theory*) la desazón que me causa la falta de rigor conceptual es fácilmente describable. Lo malo es que la situación no parece mejorar de momento, ni en nuestro país ni fuera de él. Naturalmente, una de las cosas que sufre con ello, es el rol del sociólogo como intelectual, como pensador de la modernidad y conciencia moral de ella. Sólo el lenguaje sereno —aunque esconda carga trágica—, claro y distinto puede servir de algo en la conversación necesaria. Nuestra tarea (como sociólogos) es la de entrar de lleno en la *conversación cívica* contemporánea, ayudar a hacerla más racional, republicana e inteligente. No soy muy partidario de nociones utópicas como la de comunidad ideal de diálogo y menos aún de la retórica de lo dialógico. Soy partidario de la conversación posible y deseable.

—**Sostienes una sociología basada en la defensa del racionalismo, la verdad y el universalismo ético; una sociología de perspectiva conflictivista, profundamente heredera de Weber y Simmel, donde es necesario partir de una noción de «naturaleza humana» porque no hacerlo sería aceptar el determinismo absoluto, esto es, eliminar la dimensión moral de la vida**

social. Sin embargo, desde varias perspectivas de la teoría sociológica contemporánea, se puede apreciar un «giro pesimista», hasta el punto de que en algunos casos (Luhmann o Bourdieu) se ha producido una inversión en la relación básica para la sociología ente determinismo y libre albedrío... Tú mismo has comentado cómo «la reflexión weberiana sobre la estructura de la modernidad me abría el camino de la estructuración progresiva de la desigualdad y el conflicto según cierta lógica interna de desarrollo, que engendra nuevas formas de privilegio, discriminación y poder...»

—Ya he manifestado más arriba que la sociología debe indagar tanto los determinismos como la libertad. La preocupación weberiana por la férrea jaula de la modernidad, revela su angustia frente a la extinción de la elección racional del hombre en un mundo desencantado, es decir, ante la agonía de la libertad y de la responsabilidad. No puedo hacer sino referirme a escritos míos sobre esta cuestión, desde *La estructura social de la libertad*, que la REIS tuvo la amabilidad de publicar y hasta reimprimir, así como mi más reciente *La estructura social de la libertad republicana*, que publicó la Asociación Española de Ética y Filosofía Política no ha mucho, pero sobre todo mi ensayo sobre la estructura moral de las sociedades modernas con el que se abre mi libro *Carisma y razón*. Ya que te refieres a la aportación de Bourdieu, el breve ensayo que pergeñé a petición suya sobre sus *Méditations pascaliennes* trata de este asunto (con el título *The Social Structure of Critical Minds*) puesto que intenta habérselas con la cuestión de la libertad intelectual (de la mente crítica) a partir de las estructuras y determinaciones sociales e históricas en que se hallan insertas. Para darte una respuesta satisfactoria me vería obligado al autoplagio o a repetir lo que con el debido pormenor tengo expuesto en esos lugares.

—**Eres muy crítico con las propuestas en torno a la postmodernidad. ¿El gran problema es cómo situarse entre lo que has llamado la «falacia de la objetividad amoral» y el relativismo postmoderno?**

—Sólo soy crítico con algunas de las propuestas, no con todas, como he dejado bien claro en mi ensayo sobre el descrédito de la verdad y la banalización de la ideología. (En la RIS, número 31.) La que en su día llamé *fallacy of amoral objectivity* se refiere, una vez más, al esfuer-

zo que han realizado algunos científicos sociales por salvar los trastos de su cientificidad apelando a su neutralidad moral. Quienes no pretenden ser moralmente neutrales, desde Tocqueville, Simmel, Weber y Schumpeter hasta hoy, nos han dejado un sobrecogedor legado, mientras que los que dicen serlo y lavarse las manos suelen caer en un relativismo frívolo y esteticista, como ocurre con muchos posmodernos. Estos suelen ser incapaces de demostrar que no existe la naturaleza humana, cuando todos sabemos que habérsela hayla, y que es a partir de ella como debe elaborarse una teoría viable de la sociedad moderna. Eso no significa, ni mucho menos, que la conozcamos. Pero nos debe guiar el anhelo de conocerla. Lo que sí podemos conocer, como solía decir mi maestra Hannah Arendt, es la condición humana. La sociología estudia la condición humana (entre otras cosas, lo que nos determina, la situación en la que nos encontramos, y dentro de ella, la lógica situacional, que no otra es su tarea, como he intentado mostrar en mis escritos.) Pero no puede dar un paso sin una concepción (más o menos endeble, bien es verdad), de la naturaleza humana.

—**También has hablado de «la paradoja endémica de la sociología»: ¿qué inteligencia sociológica ha triunfado, la que libera o la que legitima la dominación? Por ejemplo, en el prefacio de tu «Carisma y razón» te lamentas de que «hemos trivializado lo exótico por la hueria ideología del multiculturalismo»...**

—Han triunfado las dos a la vez. Quienquiera que haya asimilado el descubrimiento de Simmel sobre lo que él llamó *soziologische Ambivalenz* lo entenderá sin más. A propósito, la dominación legítima no es necesariamente mala. El republicanismo moral y cívico está en contra de todo dominio arbitrario, pero, inteligentemente, no se opone a la dominación legal racional y participativa. Los principios de subordinación y supraordenación legítimos son necesarios en toda sociedad justa o por lo menos decente para hacerla posible. Desde la vida cotidiana hasta la ejecución de una sinfonía es menester dominio legítimo y participativo. Dicho esto, es evidente que nuestra tarea es combatir lo que tu pregunta llama la sociología que legitima la dominación, siempre que ésta sea arbitraria y degradante. Ello es obvio, puesto que la sociología es hoy parte esencial de la democracia y el civismo. De la fraternidad y la virtud cívica. Estudiar y exponer la

explotación del inmigrante, los genocidios, la producción de la pobreza, la brutalidad contra las mujeres, el terrorismo y así sucesivamente, y dar a conocer los resultados de nuestra pesquisa es parte esencial de la tarea del sociólogo. Pero no hay que hacer aspavientos moralistas: ésta es una faena normal, la nuestra, que no nos da patentes de corso como héroes morales. Las posturas moralistas de cierta «sociología crítica» cuyos exponentes te están diciendo por implicación «soy mejor que otros, puesto que denuncio» es farisaica. Da vergüenza ajena. Desvelamos y denunciemos porque eso es connatural al oficio, pero seamos moralmente modestos. Hay mucha gente cuya abnegación y esfuerzo callado será siempre de mayor alcance que el nuestro, viciado como está a menudo por su proyección mediática y hasta meramente académica.

—**Haces muchas referencias a Simmel...**

—En efecto. No he realizado un análisis de contenido de lo que he ido pergeñando. No siempre el autor más evocado o invocado es el que más pesa en la obra de un autor. En mi *Teoría sociológica clásica*, por ejemplo, el capítulo más luenngo es el dedicado a Marx y Engels, cuando mi deuda con Weber y Simmel, a la postre, es aún mayor. Como quien dice, tu pregunta no requiere explicación. Más bien habría que preguntarse cómo es posible ignorar a Simmel. Sobre todo hoy, en el siglo XXI, no sólo porque es el mayor *doctor subtilis* de toda la historia del pensamiento sociológico, sino también por su enorme capacidad explicativa acerca de lo que es la modernidad avanzada, tanto a un nivel macrosociológico como a un nivel micro, tanto con respecto a grandes procesos históricos —la evolución de la economía monetaria y sus implicaciones para la cultura y la psicología individual— como a las relaciones más personales de la vida cotidiana. Por no mentar su aportación decisiva a conceptos como los de red, reticularidad de la vida social, interdependencia, interacción, espacio social, número, tiempo social y demás, bien conocidos. Son parte del armazón conceptual con que el trabajamos. Para mí, sin embargo, que pertenezco al bando universalista, el atractivo principal de Simmel será siempre su capacidad por captar lo relativo, local y fugaz de toda vida social, así como la variedad infinita que ésta presenta a través de tiempos y lugares, sin que dañe lo que de permanente, generalizable y común a la raza humana tiene dicha vida. Que eso lo haya hecho tan persuasivamen-

te un neokantiano de su talla, es intelectualmente sobrecogedor.

A un nivel menos abstracto, esa es la razón por la que una y otra vez me he opuesto a esa convención terca que hace que en nuestras universidades se enseñe teoría clásica como si se basara sobre la célebre tríada —nunca mejor dicho, puesto que de Simmel hablamos— formada por Marx, Durkheim y Weber. Da más trabajo sin duda ampliar la base, pero sin Pareto y Simmel, como mínimo, los alumnos se llevan una imagen falsa y pobre de la fase clásica. A veces me tienta pensar que es la comodidad pedagógica y lo expeditivo de la evitable tríada, lo que hay detrás de esto.

—Algunos clásicos de la disciplina han entendido la modernidad como el proceso hacia una concepción de la realidad cada vez más fragmentaria. La sociología es inequívocamente producto de la modernidad... y sin embargo afirmas que «la sociología no fragmenta»...

—Hay una sociología que fragmenta, que duda cabe. Pero la sociología más genuina no fragmenta (ni necesariamente desencanta). Al contrario, sigue aquel *only connect* recomendado por el novelista inglés. La visión de sociedad en red, o de relaciones reticulares, o de interrelación endémica que expuso Simmel hace ya tanto tiempo (algunos creen que se inventó ayer) va en esa dirección. La interrelación, multidimensionalidad y causación mutua de la vida social (y de la humana) son el objeto de la sociología. ¿Por qué habría de fragmentar? Lo hace más la econometría, la demografía y la lingüística, en todo caso. Nuestra faena consiste en interconectar, reordenar y desfragmentar, contra lo que pueda pensar quien no conozca bien este oficio.

—Además de tus maestros de Chicago, de quienes ya hemos hablado, qué otros sociólogos consideras como «de referencia». En algunas ocasiones has mencionado, en este sentido, a Aron y Daniel Bell.

—Asumo que tu expresión «de referencia» se hace eco de lo que los sociólogos llamamos en nuestra infame jerga «grupos positivos de referencia». La verdad es que a medida que pasa el tiempo uno va aprendiendo de los demás (cada vez con mayor intensidad) y no siempre para identificarse con ellos. Así, soy alumno de Hayek, mas no del todo discípulo. De Arendt un poco más de lo último. De Shils soy ambas cosas, pero no del Shils en su célebre obra con Parsons. De Ferrater y de Arboleya, de cuerpo entero, y así suce-

sivamente. No acabarían las matizaciones. Por ejemplo, mi deuda con Norbert Elías es grande, aunque se note poco, y hasta posee la dimensión tragicómica a la que aludí más arriba. Luego están esas gentes a las que no conoces. Sostuve una larga conversación en Yale en 1981 con Randall Collins, provocada por la reseña que ya había publicado de su *Conflict Sociology* para el *British Journal of Sociology*, por ejemplo, pero mi interés por Collins nada tiene que ver con ese encuentro. Ahora estoy redactando el prólogo a la edición castellana de su monumental *Sociology of Philosophies*. Y al revés: estuve en estrecho y amable contacto con Pierre Bourdieu, y he escrito sobre él (no sólo el artículo aludido) pero hay algo en él que no logra persuadirme. No sigo con ejemplos, porque se me va a entender mal. En el curso de una vida profesional uno se topa con mucha gente, y entra en relación más o menos duradera con muchos profesionales, que algunos suelen idealizar en beneficio propio, o por razones espúreas.

Haber o no haber estudiado con alguien no es a veces tan importante. Por mentar sólo a los que mencionas: conocí a Aron en una ocasión (Evian, 1966) y volví a verle y cambiar impresiones con él un par de veces, más tarde, en la vecina Oxford (Nuffield College) pero me sentí atraído por joyas como su primer y breve libro *La sociologie allemande contemporaine* y luego sus *Étapes de la pensée sociologique* mucho antes y al margen de todo contacto con él. (De esta obra tengo la versión policopiada y amarillenta de su curso en la Sorbona, que se podía adquirir en la librería de las Presses Universitaires.) Y lo mismo me ocurrió con Isaiah Berlin, como he relatado más arriba. Mi aprendizaje en sus textos y admiración crítica hacia ellos provocaba chirridos en España en cierto momento, cuando venía para acá desde Inglaterra a dar algún curso. Había un «cánon inverso» de libros prohibidos que abarcaba el pensamiento liberal o socialdemócrata (en el caso de Berlin). Hasta que, de pronto, hacia 1982 y años siguientes, se pusieron de moda sus autores, empezando por Popper, naturalmente, de forma a veces escandalosamente superficial. Algunos periodistas hablaban de Popper sólo porque un ministro del nuevo gobierno se refería a él. Los conocimientos de ese político sobre Popper eran muy menguados. Cosas veredes. Ahora está pasando tres cuartos de lo mismo con la filosofía política republicana: Esta vez los periodistas de

turno parecen haber descubierto el republicanismo porque un político en algún lugar lo evoca, refiriéndose siempre a la traducción de un libro, y nunca al acervo teórico disponible, en el que hay muchos y variados autores. Incluso unos cuantos españoles.

—**Decía Juan de Mairena a sus alumnos: «Recordad lo que tantas veces os he dicho. El concepto de masa aplicado al hombre, de origen eclesiástico y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo que cabe imaginar. Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo. Salvación de las masas, educación de las masas... Desconfiad de ese yerro lógico, que es otra terrible caja de Pandora. Se me dirá que el concepto de masa, puramente cuantitativo, puede aplicarse al hombre y a las muchedumbres humanas, como a todo cuanto ocupa lugar en el espacio. Sin duda: pero a condición de no concederle ningún otro valor cualitativo (...) de modo, en estricta lógica, las masas humanas ni pueden salvarse, ni ser educadas. En cambio siempre se podrá disparar sobre ellas. He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demócratas incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplearemos nunca, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán nunca»...**

¿Algún comentario?... ¿Hasta qué punto hemos superado ese prejuicio en la sociología y en el pensamiento social que se autocalifica como «crítico»?

—Haríamos bien en escuchar atentamente las machadianas palabras de Juan de Mairena. (En este caso criptocristianas sino claramente cristianas, si se me permite decir una obviedad que aquellos que ven en Machado sólo una mente secular, laica y poscristiana no captarán.) Es bastante evidente que la noción de masa (y peor aún, de sociedad masa, o como suelen decir algunos, sociedad de masas) posee una raíz reaccionaria y ha sido un engendro de la mente conservadora dogmática. (Por mucho que la propia teoría sociológica de la sociedad masa y sus ramificaciones, como la teoría de la cultura de masa o de la política de masa, así como la del llamado hombre masa contengan algunos vislumbres interesantes.) Lo que suele ser menos obvio es que hay una izquierda, que se autolegitima con ese manto retórico de ser «sociología crítica», que ha abrazado de lleno esa concep-

ción de la sociedad masificada, como ha sido el caso de la por otra parte admirable Escuela de Francfort. Su desencanto con el proletariado es comprensible, su desazón ante la vulgaridad y zafiedad de la cultura mediática, no lo es menos, y así sucesivamente. Pero su desprecio por el pueblo y su falta de entendimiento de por qué es como es en las sociedades industriales es bastante alarmante. La popularidad alcanzada entre nosotros en una época por los planteamientos de los frankfurtianos (paralela al rechazo por los pensadores liberales a los que he aludido más arriba) sólo se explica por la credulidad de quienes han percibido como válida la etiqueta de «izquierda», «progresismo», «crítica» en una corriente determinada. Por fortuna pasaron aquellos tiempos. Cuando uno piensa que hubo tanta gente en España, entre 1968 y 1975 más o menos, atraída por el nefasto Louis Althusser y su catecismo cerrado con la peregrina idea de que aquello era crítico y de izquierdas, y además democrático, te recorre un escalofrío. Lástima que tuviéramos que combatir tanta miseria intelectual con un esfuerzo que podría haberse empleado en mejores causas.

Una última palabra. Agradezco muchísimo esta entrevista. A todos nos importa que nos brinden la oportunidad de explicarnos, de esclarecer y matizar aquello que muy de cerca nos atañe, aunque sólo sea en escorzo. He evocado hasta aquí situaciones y episodios que, a no dudarlo, necesitarían que hubiera sido más prolijo en mis respuestas, pero tampoco debo abusar de la paciencia ajena. Por ello, quedo a la disposición de quien esté interesado en pedirme más detalles sobre cualquier aspecto de lo dicho o aludido. Finalmente, nada de lo anterior se refiere al contenido de la aportación, por muy circunscrita y menor que sea, de alguien dedicado al oficio de sociólogo. Sólo da fé de algunas de circunstancias, anhelos y esfuerzos. La mayor parte, compartidos. De la obra misma, sólo habla ella.

NOTA

Estoy muy obligado a Héctor Romero por su paciente y agradable colaboración en esta entrevista. El lector habrá comprobado que mi relato no siempre sigue un orden cronológico, pues me he atendido a responder a las preguntas tal y como se me formulaban, pero he procurado dar fechas cuando era necesario.

En varios lugares de la conversación no he podido evitar referirme a publicaciones que amplían algún que otro aspecto de lo comentado. A continuación presento algunas referencias bibliográficas que pueden ser útiles para ampliar y matizar el texto. He dejado enteramente de lado mis trabajos sociológicos (sobre cuyo contenido no versa la entrevista) para referirme en ellas solamente a algunas de mis publicaciones en torno al desarrollo, problemas y perspectivas de la disciplina en España —el tema principal— así como sobre la vida y obra de algunos sociólogos desaparecidos.

El artículo sobre colaboracionismo sociológico con el régimen franquista, es «Sociología dirigida», *Promos*, Barcelona, 1965, no. 33, pp. 19-20. Mi ensayo «Libertad y poder político en la Universidad española: el movimiento democrático bajo el franquismo» fue finalmente publicado en castellano en *Sistema*, n.º 24-25, junio de 1978, pp. 19-70, tras varias ediciones en lenguas extranjeras, la primera de 1972; contiene observaciones sobre las ciencias sociales y la situación ideológica de la época. Mi ensayo sobre la disciplina durante la dictadura «Virtudes e indigencias de la sociología española», apareció en J.M. Castellet, C. Castilla del Pino et al. *La cultura bajo el franquismo* Barcelona: Ediciones de Bolsillo, 1977, pp. 133-138. Fue reproducido, en S. Giner y L. Moreno, comps. *Sociología en España*, Madrid: CSIC, 1990. (Este libro contiene

el ensayo clásico de Enrique Gómez Arboleya sobre los orígenes de la sociología española así como otro, de Luis Moreno, sobre la sociología de la época.) Sobre Arboleya, Julio Iglesias de Usset compiló el libro aludido, *Homenaje a Enrique Gómez Arboleya*, Ayuntamiento y Universidad de Granada, que apareció en 1988, cuyas pp. 85-95 recogen mi tributo al maestro. Sobre F. von Hayek, cf. Mi artículo «El otro Hayek» en *La Vanguardia* (5 de agosto, 1999). Para Hannah Arendt, «Hannah Arendt, un recuerdo personal» en Fina Birulés, comp. *Hannah Arendt: el orgullo de pensar* Barcelona: Gedisa, 2000, pp.15-22. Acerca de Enrique Tierno «Memorias de don Enrique Tierno» en *Sistema*, n.º 72, 1986, pp. 197-201. Sobre Esteban Pinilla de las Heras «Esteban Pinilla de las Heras: un recuerdo personal» en *Sistema*, n.º 122, setiembre 1994, pp. 109-113. Para Lluís Carreño, cf. J. Clusa y O. Nel.lo, comps. *Lluís Carreño i Piera* Ayuntamiento de Barcelona, 1999, pp. 32-36.

«El descobriment sociològic de Catalunya», en *Papers*, n.º 12, pp. 17-25, 1979 propuso la necesidad de conocer sociológicamente la sociedad catalana más allá de especulaciones más o menos nacionalistas. Para mi posición con respecto a la relación entre democracia y sociología, cf. «La estructura social de la libertad republicana» en el libro compilado por J. Rubio Carracedo y J.M. Rosales *Retos pendientes en ética y política* Madrid: Trotta, 2002, pp. 65-86.